

Bastos son triunfos

Privan las espadas, domina el poder militar en el Gobierno, predominan los uniformes militares en los Consejeros de la corona. Pero bastos son triunfos.

No importa que el ministro de la Gobernación diga que están buenos los tiempos para pensar en militarismo, después de haberse presentado de uniforme á posesionarse del cargo el que jamás desenvainó ó desenfundó su espada. El militarismo terrestre impera, pero sometido y dominado y puesto al servicio de esa milicia celestial tan extendida por España.

El militarismo preside los consejos de la corona, no como cuerpo autónomo, sino como organismo dependiente de la milicia celestial que inspira, dirige, influye y secundaría, habiéndose valido de la fuerza armada para dominar mejor los hogares y las conciencias de todos los españoles.

Esas parejas de tonsurados, con los pies desnudos y la cabeza afeitada, que despiden mal olor é inspiran asco por su falta absoluta de limpieza física. Ese dos de bastos es el amo de España, y con más cautela, con mejor arte y con más habilidad, otra carta, que forma un trío no ligado por los extremos á manera de ángulo, sino en el centro, como si se tratase de unos gemelos, ese perturbador trío que presume tener sujeto al Espíritu Santo, es el que domina é impone á los ministros y á los poderes.

No causa espanto el Gobierno por lo que tiene de generales ni por el orillo de aquellas espadas flamantes que son las que condujeron los restos de San Isidro de Madrid, á las órdenes de obispos y demás gente clerical, y los mismos que después hicieron el papel de milicias celestiales en nuestras coloniales contiendas y en nuestra afrentosa guerra extranjera. Fueron el instrumento de esta religión de hipócritas y de incunados, y hoy son el brazo armado al servicio de frailes y monjas, de jesuitas y de devotos, de religiosos y místicos, de toda esa cohorte de gente ambiciosa y egoísta que lleva sobre su cabeza al crucificado del Gólgota, para hacer de aquel admirable drama, de aquella epopeya del mundo, juguete de sus demasías é instrumento para todos sus vicios.

Azcárraga, más que militar, es un fidelísimo soldado de la compañía, obediente á sus mandatos, y siervo de esa familia, á quienes ayudará en su labor, cubriéndoles con su responsabilidad.

No hay que hacerse ilusiones ni buscar las causas de nuestra decadencia fuera del lado en que se hallan.

Nosotros ni creemos en los motines militares, ni tememos la dictadura, ni nos preocupa la idea de que pueda imperar el militarismo; y Europa, la prensa toda del continente y la de Inglaterra, con rara unanimidad, combaten á este gobierno de generales, no por su militarismo valeroso y mundano no por sus alardes de cortar con el filo de su espada la historia de España, arrogantes de su poder y dueños de sí mismos, ó señores de su fuerza. Nuestros generales ya no tienen la ambición del héroe, ni los grandes arranques del caudillo; lo que preocupa á Europa, lo que alarma á la España liberal y democrática, lo que tiene en fuerte tensión á todos los espíritus independientes y á todos los hombres honrados, es la sacristía, es la celda, es el gabinete del hijo de Loyola, es la perfumada mansión de ministros, prelados y príncipes de la Iglesia, que dominan el instrumento armado para que, en vez de ser el brazo de la Patria, al servicio de la causa y de los intereses nacionales, sea el sacristán, sea el acólito, sea el asistente á todas las ceremonias del rito, y el servidor fiel y sumiso á los preceptos de los cánones jesuíticos y frailunys, obediente á sus liturgias y reglamentos. Una fuerza mecánica al servicio, en fin, de las compañías y comunidades religiosas.

Son estos secretarios á semejanza de los consejeros de Carlos II, especie de soldados del gran ejército místico y celestial, que más obedecen sumisos las ambiciosas determinaciones

del clericalismo que los intereses supremos de la Patria.

Aspiran á la gloria eterna y queman el incienso á los dioses, desbalijando á los ciudadanos y sacrificando á la nación en aras de sus almas y holocausto de los siervos del señor Gobierno místico é hipócrita; sirve á los bastos de cingulo y cogulla, de sandalia y tonsura; se prosterna ante el sagrado Corazón y ofrece sus dones y sus mercedes á esas legiones celestiales á quienes sirve como esclavo.

El gobierno de la regencia está á las órdenes de Roma, y si llega á desenvainar la espada, será al servicio de la religión frailuna y loyolesca.

Por eso Europa nos desprecia, y por eso estamos tan rebajados ante la conciencia universal.

A. A.

Nota del día

—¡Qué iluso! ¡Parece que naciste ayer! Si así no fuera, ¿cómo habrías tú de encontrarte cercado de acreedores esta ciudad, que ha recibido de sus reyes y magnates donativos y rentas suficientes para eximir á sus habitantes de todo arbitrio y gabela? ¿Tú calculas el caudaloso río de oro que, según los doctos, entró aquí en los tiempos del descubrimiento de América? ¿Qué se ha hecho de esos millones? Si hubieran sido míos, ¿estaría hoy yo perseguido de acreedores, ó sería el prestamista universal?—preguntó don Nicanor, tirando á su sobrino, de las solapas de la levita y obligándolo á mirarlo cara á cara...

—Sería usted un Rotschild.

—Sin contar su importante riqueza urbana, poseía Gandulía, hace un siglo, según datos fidedignos de su cronista Menéndez, sólo en predios rústicos, las noventa leguas cuadradas más fértiles de Andalucía y Extremadura.

—Desengañese usted. Esto resulta más escandaloso. No lo aprueban los regidores.

—¿Que no lo aprueban? ¿Que no lo aprueban? Pues escúchame bien: cuando alguno que tú sabes se niegue á votar eso, rechaza todos los géneros que adulterados en calidad y cantidad suministra el mismo al Ayuntamiento, con la firma de un dependiente; si otro que no necesita nombrar, se niega á votar el proyecto, vende en pública subasta los extensos terrenos que va á adquirir clasificados como parcelarios; si alguno que tú sabes se resiste, haz enmendar la tasación de ciertos solares apreciados en tres pesetas el metro, cuando enfrente de ellos se pagaron á veinte y nueve. Y ¿qué seguir? Dile á uno que no es posible reconocer el censo que alega á su favor; dile á otro que su casa no será ya edificio municipal; á alguien que su hermano dejará de ser contratista secreto de ciertos suministros; á éste que no será delegado especial de jardines, donde ya no quedan árboles, flores ni semillas; al de más allá quítale atribuciones para contratar con la Empresa de Flúidos; al otro despójalo de la Inspección de la Plaza de Abastos... y... yo te daré una nota de lo que has de hacer con esos moralistas cuyas intenciones... A mí... ¡que soy perro viejo!

(De la novela *Isaac*, de D. JAVIER LASSO DE LA VEGA, exconcejal de Sevilla.)

Murmuraciones

El *Noticiero Sevillano*, para salvar la responsabilidad y el ridículo en que han caído el presidente de la Diputación provincial de Sevilla (Marqués de Esquivel) y la Superior del Hospital (Sor Teresa de Jesús), que celebraron una fiesta taurina en dicho edificio el pasado día de Santa Teresa, á cuya fiesta acudieron algunas señoras de la capital, se ha echado encima el muerto.

Supone el colega defensor de los intereses de Sevilla, que fué engañado por uno de sus redactores.

¡Hay que salvar la respetabilidad de Sor Teresa, que se va á presenciar una corrida de becerros, en tanto los infelices moribundos yacen abandonados en las salas del Hospital!

¡Hay que salvar al señor Presidente de la Diputación, que comete la sangrienta burla de irse á divertir á las puertas mismas del Hospital de la Sangre!

Con colegas tan benévolos, y que tanto se interesan por los desgraciados, ya puede dormir tranquila la ciudad.

Es cierto, ciertísimo, que en el Hospital provincial de Sevilla, el día de Santa Teresa de Jesús, se celebró una becerrada, en la que hubo heridos y contusos.

Es cierto, ciertísimo, que la presidió el señor Presidente de la Diputación provincial.

Y en cualquier país donde hubiera decoro y sentimientos humanitarios, á ese Presidente ya se le hubiera exigido, si no la responsabilidad—porque aquí no hay justicia para los que tienen dinero y posición—por lo menos la dimisión del cargo que desempeña... ¡y que fuera á divertirse á las plazas de toros, que bastantes hay en la península!

Esa señora Superiora—en el mero hecho de tolerar esa fiesta en un Hospital—ha profanado el lugar sagrado donde la desgracia y el infortunio gimen...

¡Qué sentimientos cristianos, qué amor á la humanidad, qué conciencia de su deber tendrá esa respetable señora, que no halla otro medio de celebrar el día de Santa Teresa de Jesús, que dando una corrida de toros á las puertas mismas de un hospital que está bajo su custodia, y en el que un día sí y otro no se sublevan las enfermas porque les dan una comida insostenible y un trato cruel!

Ya sabemos que el Sr. Ministro de la Gobernación no nos hará caso, porque hay por en medio *altas y respetabilísimas personalidades* que amparan con su influencia estos hechos indignos de todo pueblo culto; pero al menos... ¡sepase la verdad, y caiga el desprecio de todas las personas honradas sobre esos profanadores del lugar más sagrado que tienen los pueblos, el Hospital, que hasta por los seres más salvajes es respetado siempre y en todo tiempo, y en Sevilla sirve de circo taurino para diversión de los señores del Corazón de Jesús!

Aquí viene como anillo al dedo—aunque en distinto sentido—lo que dice *Zeda*, crítico distinguido, en un hermoso artículo.

Oigamos:

«Aquí no es maravilla que ejerza un cargo público importante el que anduvo rondando por los tribunales en calidad de presunto delincuente y estuvo ya, como quien dice, con un pie en la cárcel. El agua pasada no corre molino, y dado este criterio que rige en España, no sería milagro que el día menos pensado viéramos al frente de un establecimiento de crédito al director del banco clandestino que ha estado emitiendo durante muchos meses billetes del Banco francés y del Banco de España, y que acaba de ser detenido en Madrid.

No se crea que en estas presunciones hay exageración. Funcionarios podrían citarse que vinieron de Cuba ó Filipinas bajo partida de registro, ó que fueron procesados por escandalosas concusiones, y hoy hacen aparatosa ostentación de su riqueza, ó ejercen cargos públicos, ó son señores excelentísimos ó grandes cruces, cumpliéndose así, al decir de la gente maliciosa, lo que se afirma en un célebre epigrama:

«En tiempo de las bárbaras naciones colgaban de las cruces los ladrones; pero ahora, en el siglo de las luces, del pecho del ladrón cuelgan las cruces.»

Cámbiese la oración, y póngase, en vez de gente delincuente, gente ignorante, ajena á todo buen sentimiento, ¡y eso es!

Así está España. Los cargos que requieren excesiva prudencia, concienzudos, condiciones mundanas, no se dan como distinciones á las personas dignas y de sentimientos nobilísimos, sino que se otorgan al compadre, al tío, al sobrino, á la visita de casa, para que pueda dispensar favores á criadas y cocheros.

Sigue diciendo el notable escritor:

«Los borregos, la gran masa de la nación permanece tranquila y resignada, comiendo cuando tiene de qué, andando por donde la llevan, y siempre dirigida por los mismos rabadanes con distintos pellicos, y guardados por los mismos perros con distintos collares...»

No conviene, sin embargo, confiar demasiado en la mansedumbre ni en la falta de memoria de los pueblos. Suele acontecer que de repente los borregos se convierten en leones, y los desmemoriados recuerdan con asombrosa claridad las historias olvidadas.

¡Pero cuando eso llegue...!

—¡Descuide usted, que llegará!

¡Dios lo haga, y que yo lo vea!

La calle Marqués del Duero estaba allí en Dos-Hermanas,

en ese cantón carlista en que un Grimarest desbarra. No le gustaba este nombre, ni le gustaba la fama que el Marqués del Duero tuvo por sus valientes campañas, y el Grimarest ha ordenado que la calle sea nombrada Amor de Dios... Es bonito, pero ese amor lo maltrata ese atrevido cacique... ¡No en las letras, en el alma es donde el amor se lleva, carlistón!... ¡Fuera patrañas!

Telegrama importantísimo para los Hércules de la Alamea:

«Madrid 26, 11 15 n.—El alcalde de Sevilla, Sr. Checa, ha visitado al presidente del Consejo, general Azcárraga, celebrando con él una detenida conferencia.»

Vamos á reconstruirla.

CHECA (con la castora en la mano, desde la puerta del gabinete).—¿Se puede pasar?

AZCÁRRAGA (arrellanado en la butaca y con las manos en el abdomen).—¡Adelante!

—Soy el Alcalde de Sevilla...

—Muy señor mío.

—El señor Ybarra ya le habrá hablado de mí...

—Muy bien por cierto. Me ha dicho que es usted un muchacho algo aplicado, auxiliar de la Universidad de Sevilla, protegido suyo y... no sé si me ha dicho que escribiente en su casa comercial...

—No señor; eso último no es cierto; y si lo ha dicho, será por equivocación.

—¡Bien, bien! Síntese. ¿Qué desea?

—En primer lugar tener el gusto de saludar á uno de nuestros primeros héroes en la persona de su excelencia...

—Permítame, permítame... Pasión no quita conocimiento: mi excelencia no ha hecho otra heroicidad que aceptar la presidencia del Consejo de ministros en las presentes circunstancias.

—Ya es bastante, señor.

—¿Y qué quiere el Sr. González?

—Checa, señor: me llamo Checa.

—¡Ah, ya!

—En primer lugar...

—En segundo lugar dirá usted. El primero ya lo ha dicho.

—Sí, es verdad. Pues bien; en segundo lugar desearía merecer de su excelencia que recomendará los asuntos que traigo...

—¿Trae usted naranjas de venta?...

—No señor. Yo soy auxiliar de la Universidad de Sevilla, y á la vez soy Alcalde...

—Y en Sevilla ¿no hay persona que pueda ser Alcalde más que un auxiliar, que es así como un mezo-catedrático?

—Mis condiciones especialísimas son dignas de todo encomio. Voy siempre á la última moda.

—¿Y esa tirilla es de última?...

—En Sevilla, señor.

—¿Qué lleváis los sevillanos, entonces, por pañales?... Deseaba, pues...

—Cobrar como auxiliar, no explicar en cátedra, y seguir siendo Alcalde...

—¡Nada más!

—Nada más.

—Bien. Tome usted esta tarjeta mía, y vaya con ella á García Alíx, y dígame que tengo mucho interés...

—Muchas gracias, muchas gracias... (Sale andando para atrás y encorvándose.)

—Pero... ¡González, que se deja usted aquí la castoral!

—Checa, señor, Checa...

—¡Ah, sí!... Adios, chico, adios.

El general solo.—Con razón dicen que los sevillanos son guasones. ¡Cuidad! con el Alcalde que se han dado!

¿Quiénes fueron asistentes en el cabildo de ayer?

Real, Amores, Ayala,

Araña, Concha y Cortés.

La mil y quinienta vez:

«El alcalde de esa ciudad y el senador de la misma, Sr. Ybarra, han visitado al ministro de Obras públicas, Sr. Sánchez Toca, para interesarle en la pronta aprobación del proyecto de defensa contra las avenidas del Guadalquivir.»

El ministro á Ybarra:

—¡Todo lo que ustedes quieran, todo lo que ustedes quieran!... (Al lado de Ybarra.) ¿Quién es este chico?

—El Alcalde de Sevilla...

—¡Caramba, caramba! ¿Lo trae usted para que vea Madrid?

—Sí, sí... Ya ha estado en el Obelisco.

—¿Y le gusta á usted?

Checa.—¡Monumental, monumental! Él representa la gloria y la religión de nuestros mayores; él...

—¡Bien, bien! (A Ybarra.) Es ilustradito el chico.
—¡Como que lo he hecho Alcalde porque es el más sabido! ¡Si viera su excelencia cómo lee de corrido!...

Dice El Noticiero:

«El vocal del directorio de la Unión Nacional y presidente de la Cámara Obrera, Sr. Sánchez Arjona, ha salido á esperar á D. Basilio Paraiso á la estación de Constantina.»

Y como D. Basilio viene por la línea de Córdoba, ¡va á dar con él!
¡Por las que llueven!

CARRASQUILLA.

SABLES Y BONETES

O bonetes y sables, que da lo mismo. El sable y el bonete, ó el bonete y el sable, nos oprimen, nos mutilan, nos aplastan. Los pobres escritores sentimos estos días un terrible dolor de garganta; no es el del alevoso *torticolis* que se cuela por la laringe con los primeros fríos. Es algo peor: el de la bota soldadesca que nos enmudece, nos ahoga y recorre después sus espaldas sobre nuestras avergonzadas mejillas...

Apenas nos queda voz para exhalar un quejido; si nos atrevemos á lanzarlo, ya vendrá el taconazo final á dejarnos en silencio para siempre. Ventaja grande, en medio de todo; que si conservamos un hálito de voz, pronto el bonete y el sable nos obligarán á conservarlo para cantar vísperas ó entonar el *Tantum ergo*. Nos cortan la campanilla para que en España no se escuche otra que la del monaguillo ayudando á misa. Infestan la península española oleadas de rancho é incienso, vaho de marmita cuartelera y de incensario místico.

El ministerio guerrero-clerical del general-obispo Azcárraga, es dueño de España.

¡Oh tiempos! ¡Oh costumbres!

En otros tiempos el bonete temía al sable. Cuando los bárbaros del Norte bajaban á Roma para formar ministerio (con Ugarte y todo), siempre había un bondadoso obispo que les salía al camino para impedirles el paso. La religión estableció el derecho de asilo: el caballo sudoroso del invasor deteníase estático ante las trazas de templo cristiano. Las matanzas del señor feudal, ya que no sufrían el castigo de la ley, tenían el desatado rayado de la justicia divina. El turbio polvo de las batallas se purificaba y blanqueaba con las oleadas del incienso, y la sangre derramada por los hombres se redimía con la sangre de Cristo, ofrecida en el altar. Allí, en la Edad Media, un célebre, trovador desesperado por sus amorfos, picaba la espuela y entraba en un templo de Mallorca para perseguir á su amada. Ante tal profanación los sacerdotes pedían maldiciones y castigos á Dios. Hubo, sí, religiosos, cardenales y papas que pusieron hojas de espada á la cruz y fueron renombrados guerreros. Cardenal fué César. Borgia, el general italiano y valenciano á un tiempo, el hijo del papa de Jativa Alejandro VI. Mataba primero con la espada para perdonarse después con la cruz.

Era franco á lo menos; quería la grandeza para su padre y su reino; moría por vencer; fué indiferente á los juicios de la historia, hasta el extremo de que el cardenal, el hijo del papa, se hizo retratar por el inmortal Rafael una vez en que el rostro de César llevaba impresas las horribles huellas de la sífilis que por entonces aparecía en Italia. Este retrato se admira hoy en la galería Borghese de Roma. Guerreros ilustres fueron el cardenal Richelieu y el cardenal Cisneros, y generales eminentes mil y mil prelados.

Eran otros tiempos y otros hombres. Con crueldades y todo, la figura de César Borgia se nos aparece gallarda y simpática en la historia: en la del arte, en la de la milicia y hasta en la historia de... la sífilis.

Eran otros tiempos, sí. Hoy día, César Borgia no hubiera sido cardenal y guerrero; y probablemente ni padecería de sífilis en los dichosos tiempos de Piza y Midy. Y á lo menos por el daño que hizo á la Iglesia le debemos agradecimiento eterno.

El clero alto y bajo, como dueño absoluto que era del país, luchaba en otras épocas por conservar territorios y ganar fronteras.

Era lógico, era patriótico, era hasta sublime.

Pero vino la revolución, y el antiguo edificio místico guerrero se convirtió en ruinas: ya no servían las torres de las iglesias de fortalezas y castillos. El cura no hería con su espuela los ijares del caballo guerrero ni el obispo vestía la cota de malla cincelada en oro. De aquella mágica y sangrienta leyenda quedaba el recuerdo

en roídos pergaminos y en guerreros poemas. El clero de á caballo se desmontó, convirtiéndose en clero de á pie.

Únicamente el capellán de las Rocas parece recordar los benditos tiempos de la clerecía andante.

En otros países se extinguieron los chispazos de la clerecía montaraz con los albores del siglo. Los curas trabucaires de la Vendée eran un recuerdo en Francia al coronarse emperador Napoleón.

Conservada nuestra tradición en Italia, aún aparecieron en el reino de Nápoles curas de trabuco hacia mediados del siglo.

Hoy día sus pistolas y sus alfanjes son reliquias históricas dignas de conservarse en museos.

A España le toca ser la última nación donde se conservan y se conservarán los sacerdotes de á caballo. Muchos curas fueron generales y guerrilleros en la guerra de la Independencia. Cumplían con un deber simpático: derramaban su sangre por algo generoso y grande. Allí debieran haber terminado los últimos escarceos del clero. No fué así. El clerigote brutal é indómito ha seguido paseándose durante todo el siglo en España «á lomos de un mal rocín».

No habrá habido en nuestro país grandes teólogos, ni profundos filósofos, ni sublimes contemplativos de la clase clerical. Pero que nos quiten la gloria de tener al cura de Santa Cruz, al cura de Flix y al cura de Alcabón! Tal vez si muchos sacerdotes españoles se hubiesen puesto á decir misa, se les cayera el cáliz de las manos, ¡pero cualquiera les ganaba á hacer blancos y á dar tajos vigorosos! No eran curas, eran verdaderas enfermedades.

¡Y nos hicimos la ilusión de que habíamos envenenado el sable al terminar las guerras civiles! Cualquiera menudo suceso, cualquier crisis ó cambio de gobierno, nos obligan á decir:—¡Ahí están!

Estos días asistimos á un espectáculo pintoresco y de castizo sabor español.

Ya descartada, impudicamente, se presentan anidos el militar y el cura para dominarnos: el sable y el bonete; la espada y el cáliz.

¡Cosa extraña! Tan confundidos y mezclados andan los dos, que no sabemos á estas horas quién es el militar y quién el cura. Y por las trazas vamos pensando si los generales debían ser arzobispos y los arzobispos calzar espuelas.

La crisis sorprende al venerable prebendado general Azcárraga comiendo con el cardenal Sancha en Toledo.

¡Qué cuadro y qué mazapán!

Parece que retrocedemos un siglo. El general gordiflón luciendo sus entorchados sobre el púrpuro fondo de la sotana del arzobispo.

Los familiares que corren llevando platos, mientras el general grita:

—¡Dos pasos al frente! Y el cardenal añade: *¡He misa est!*

Mientras el obispo general Ordoñez va á Pamplona y se arrepiente ante los pies de la Virgen por haberse desafiado, el general obispo Morgades predica la guerra santa en Cataluña. Cuando Polavieja coloca su espada á los pies de la Virgen del Pilar, los frailes de Filipinas disparan tiros y más tiros. Mientras algunos militares acompañaban procesiones, nuestros curas pensaban en levantar partidas carlistas y nos apedreaban en Villareal.

¡Quis Ito, santo Dios, qué Ito!

Andan el bonete y el sable tan locos, que unas veces le cae el bonete en la cabeza á un cura, y otras se le cuelga el sable á un cura.

Lo triste es que ambos son dueños absolutos del país. Linares y Weyler han puesto sobre nuestro cuello el sable: los Vadillos, Ugarte, Palaviejas, Pidales, Azcárragas y Sánchez Tocas, nos encasquetan el bonete hasta el cogote.

Este ministerio viene á resucitar tan anticuadas y desagradables prendas de vestir y matar.

Cuando salgamos del uno, entraremos en el otro. Vadillo encasqueta el bonete en el Jurado. El pobre Ugarte, oscuro redactor de *La Época* ayer, hoy ministro de la Gobernación, es el presidente de las Asociaciones Católicas, el enemigo de Morayta, el reaccionario más atrasado y lleno de cardenillo que reza en España...

Sánchez Toca riñó con Pidal por parecerle poco reaccionario.

¡Oh, temblemos! Sable ó bonete, uno ú otro acabarán de envilecernos y matarnos.

Este país da asco: hiede que apesta. El símbolo de España, presidida por Azcárraga, ese Cardenal de Cisneros de sacristía, es aquel cura carlista del cuento de Daudet que, cuando se inclinaba ante el altar en la misa, dejaba asomar bajo la sotana dos pistolas y un sable.

RODRIGO SORIANO.

SUPLICA

Por primera vez me sirvo de estas columnas para suplicar.

Esta súplica se dirige á todos mis maestros y compañeros en la prensa, á los lectores de EL BALUARTE y á sus deudos y amigos; á los hombres de todos los partidos, de todas las opiniones religiosas y políticas; á los hombres de todos los estados, paisanos y militares; á todos aquellos, en fin, que sienten aún latir sus corazones al oír relatar las monstruosas hazañas de un puñado de tacinosos, llevadas á cabo contra el desdichado pueblo que, en los estertores de su magnífica agonía, hace temblar aún á la nación británica con sus poderosos ejércitos.

En las grandes catástrofes nacionales, como, por ejemplo, las inundaciones de Murcia, todas las naciones, menos Inglaterra, han contribuido al alivio material y moral de los perjudicados por las inclemencias de la naturaleza.

Hoy, en nombre de la *humanidad*, les vengo á pedir... no sacrificios de vidas, no sacrificios de dinero, no sacrificios de tiempo. Pido la firma de todos aquellos que protestan contra los viles procedimientos de los Chamberlain y de sus secuaces, á todos aquellos que admiran la entereza del pueblo boer, de sus generales y de los dos hombres cuyas figuras merecen la inmortalidad: Steing y el venerable Kruger.

Tuve la alta honra de ser nombrado miembro del Comité para la independencia de los boers en mi viaje á París, y allí, en aquellas reuniones, en las que miles de hombres de todos los países, de todas las razas, hablaban en completa libertad del atropello incalificable de la pérdida Albión, tuve el honor insigne de hacer oír mi humilde voz en pro del Transvaal, de sus heroicos defensores y de su venerable Presidente.

No lo hice en nombre propio, no quiso sentar plaza de pigmeo: lo hice en nombre de los descendientes de los héroes que inmortalizaron también sus nombres, luchando denodadamente y muriendo estóicamente por la independencia de su país.

Dije esto, ó casa parecida: —Los descendientes de Palafox, de Daoiz, Velarde y de la pléyade de héroes que supieron morir defendiendo su territorio palmo á palmo, profesan una admiración sin límites por los que riegan con su generosa sangre las llanuras del Velt y los escarpados picos de los copjes de la patria, que con su sudor elaboraron durante siglos, y estoy dispuesto á probarlo á este Comité central, mandando á mi vuelta á España las firmas de miles de españoles, en cuya sangre bule aún...

¡Pero á qué seguir? Dejé al nombre español en el puesto que se merece en cuanto se refiere á sentimientos de admiración para el heroísmo y horror á los opresores.

Hoy el Comité central, compuesto de 125,000 adheridos, me recuerda mi promesa por medio de una carta que reproduzco más abajo, y yo pido á todos los hombres de honor su firma, para hacer bueno lo que dije en medio de miles de personas que se dignaron aplaudir mis compromisos.

Hé aquí la traducción de la carta recibida en Sevilla, cuando yo aún no había vuelto de Francia.

«Comité por Lindependance des Boers.—47, rue Taibout, París.

París 5 Septiembre 1900.

Sr. D. Adolfo Vasseur.—Sevilla.

Muy señor nuestro: No se habrá usted olvidado el entusiasmo que despertó su discurso del 27 de Agosto en nuestra reunión magna, así como los artículos publicados en EL BALUARTE que han llegado á nuestro poder.

Hemos visto por ello el vivo interés que tiene por la justa causa de los boers y cuán grande es la simpatía que en España se les profesa.

Venimos hoy á pedirle que organice, ya que por desgracia no es posible auxiliar á los boers de otra manera (por consecuencia de la guerra de guerrillas que se hace actualmente, guerra que exige conocimientos profundos, no sólo del idioma boer, sino también de la topografía del país, lo que aleja toda idea de auxilio extranjero) de organizar en Sevilla, de la generosidad de cuyos habitantes nos ha hablado con tanto calor, un Comité que tenga por *único objeto* recoger adhesiones de toda España, para una manifestación en honor del aniversario del nacimiento de los dos presidentes Kruger y Steing; el primero tendrá setenta y cinco años el 10 de Octubre, el segundo, cuarenta y tres años el 2 de Octubre próximo.

El Comité por la Independencia de los boers ha resuelto pedir á los comités de todos los países hacer de manera que los dos heroicos jefes de Estado reciban en aquella ocasión un testimonio público de la admiración del mundo civilizado.

Esta demostración de la opinión universal servirá también para establecer un *tilde* de unión entre los diferentes comités en favor de los boers creados en Europa y América.

Nuestro Comité, que cuenta entre sus miembros con 62 senadores, 55 diputados, 114 consejeros generales, 5,600 consejeros municipales y más de 50,000 miembros militantes, ha recibido ya más de 500,000 adhesiones de Holanda, Rusia, Alemania, etc. Así es que Inglaterra halla agrupado contra ella en estas circunstancias los sentimientos del viejo y nuevo mundo.

En estas condiciones le rogamos formar parte de esta federación cuyo centro está en París.

Le rogamos colabore en vuestra generosa España á nuestra acción común, agrupando en un comité todas las simpatías en favor de las repúblicas del Transvaal y del Orange.

Lo más apremiante sería la redacción de una manifestación escrita dirigida á los dos presidentes y firmada por el mayor número posible de ciudadanos.

Esa manifestación escrita, así como las adhesiones de los demás comités centralizados en París, serán enviadas á los dos presidentes.

Nuestro comité, así como los del extranjero en el número esperamos poder contar el nuestro persiguiendo el mismo objeto y compartiendo las mismas ideas, usará de todos los medios posibles para traer á los gobiernos á respetar los sentimientos de sus pueblos.

De esta manera emplearemos la única obra útil y verdaderamente eficaz que sea dable llevar á cabo en este momento.

En espera de vuestras adhesiones nos repetimos etc., etc.

El Secretario general,
Michel Sanson.

(Aquí el sello del Comité.)

Esta carta llegó á Sevilla cuando aún me hallaba en Francia, y cuando llegué era tarde para recoger firmas, para remitir á los dos presidentes en el día aniversario de su nacimiento. Explico que el hecho al Comité y me contestó:

«Hoy está camino de Marsella el anciano Kruger, y su llegada sobre la tierra hospitalaria de Francia será saludada por miles de personas. Allí le serán presentadas las adhesiones de más de 2,000,000 de hombres recogidas en todos los comités del mundo entero; por el nuestro le suplicamos envíe su contingente, etc., etc.»

En vista de ello suplico á todos los hombres de buena voluntad, remitan en el plazo más breve sus adhesiones en la redacción de EL BALUARTE, ó en la calle Padre Marchena número 5, de 2 á 5 de la tarde.

Ya en el número de mis conocimientos tengo el gusto de registrar las firmas siguientes:

José Rodríguez La Orden.—J. M. Dorado.—A. Soto.—Manuel Flores.—Pedro Santos.—Luis Araujo.—Joaquín Remo.—Julio Cepeda.—Pedro Carriga.—Juan José Ramírez.—José Carvalho.—José Méndez.—Pedro Gutiérrez.—Adolfo Ramírez.—José Orondo.—Stefano Bellini.—Jorge Rauder.—Luis Chaquetón.—Juan Silva.—Pedro Blanco.—Joaquín Martínez.—Joaquín Jerez.—Aniceto Guerra.—Emilio Rubio.—Martín González.—Ceferino Vargas.—Augusto Pineda.—Germán Robles.—Pedro Alcántara.—Jesús Gutiérrez.—Leocadio Pérez.—Saturonio Caravaca.—Juan Rudini.—Carlos Meléndez.—Simón Lucas.—Simón de Breda.—Cristóbal Jerez.—Luis Mate.—Manuel López.—Cipriano Cano.—Eladio Samper.—José del Toro.—Esteban Palacio.—Pedro del Pino.—Eduardo Durán.—Adolfo Escamilla.—Bautista Feix.—Tomás Ramón.—Luis Marquez.—Teodoro de la Concha.—José Arredondo.—Luis Fonseca.—Martín d'Almeida.—Juan Sepúlveda.—Jorge Pescadero.—Maximo Pilar.—José Bruimier.—Pedro del Campo.—Luis Saázar.—Martín Sanjuán.—Juan Núñez.—Pedro Corto.—Joaquín Fernández.—Joaquín Cepero.—Joaquín Pando.—Martín Maza.—Aparicio Muñoz.—Florentín Costa.—Juan Roche.—José Rico.—Manuel Campor.—Juan Capdeville.

A estos 71 nombres me atrevo á esperar que seguirán muchos más, y que á su llegada á Marsella el viejo Kruger verá, en medio de los millones de nombres, los de los españoles cuyas propias desdichas no son obstáculo para olvidarse de los héroes, víctimas de las ambiciones de Inglaterra.

ADOLFO VASSEUR CARRIER.

A 26 de Octubre de 1900.

De actualidad

DE LA PENÍNSULA

El Español censura duramente el artículo de *La Época*, diciendo que Silvela demuestra frescura sobrada tratando festivamente la última crisis, fruto del pronunciamiento pacífico de los generales de Cuba.

El Correo examina el artículo de *La Época*, é insiste en que el actual Gobierno está rodeado de peligros, manteniendo el criterio de que los jefes de partido deben salir de los Gabinetes, exceptuando en casos excepcionales.

Niega carácter militar al Gabinete.

En reunión de periodistas, relacionada con el Congreso iberoamericano, nombraron una comisión que active la propaganda en Madrid y provincias.

A primeros de Noviembre se reunirán los achicoreros pidiendo la rebaja del impuesto.

Polavieja fijará su residencia en París.

Linares estudia un proyecto que permita utilizar los servicios de los jefes y oficiales de la reserva, que producen hoy un gasto improductivo.

Azcárraga, á nombre de Linares, llevará á la firma de la Regente una combinación de mandos de Artillería.

Sánchez Toca estudia un proyecto sobre pago de Obras públicas, para evitar fraudes y desfalcos.